

La calle para el viernes 19 de junio de 2009
Diario de un espectador
Fernando del Paso
por miguel ángel granados chapa

Don Fernando del Paso ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua el jueves pasado, Había sido elegido hace ya tiempo, el 12 de octubre de 2006, pero diversas peripecias de su salud —de las que notoriamente se ha repuesto— impidieron que leyera las palabras con que adquirió a plenitud su condición de académico. Contestó a su discurso don Ernesto de la Peña. Fue, por lo tanto, ese acontecimiento una fiesta de la palabra, enmarcada en uno de los suntuosos salones del Museo nacional de arte.

Noticias del imperio, una de las tres grandes obras del nuevo académico, ha sido aclamada como la mejor novela mexicana, a través de una encuesta realizada hace tiempo por la revista mensual *Nexos*. Además de su trama, en que ocupa un lugar preponderante un largo soliloquio de Carlota, la fallida emperatriz de México, que sobrevivió ¡sesenta años! a su infortunado e ingenuo marido, el estilo literario de Del Paso da muestra del alcance de nuestro idioma, cuando se le rinde homenaje como lo hace ese autor. No por nada De la Peña dijo que la prosa de su nuevo colega era la protagonista de su obra (y eso que ella está nutrida de personajes bien burilados).

Un día como hoy, 19 de junio, fue fusilado Fernando Maximiliano de Habsburgo, de modo que partimos de allí para conocer un breve trozo del modo *delpasiano* de escribir, que en este punto adopta la forma de un corrido. El “corrido del tiro de gracia”:

“Año del sesenta y siete,/ presente lo tengo yo:/ en la ciudad de Querétaro/ nuestro Emperador murió./

“Un diecinueve de junio/ que el mundo nunca olvidó,/ se ejecutó la sentencia/ que el presidente ordenó.

“Carlota estaba muy lejos/y no vio la ejecución./ Además estaba loca;/ no supo lo que pasó.

“Año del 67, cómo lo voy a olvidar. Si parece que nada más para eso nací, para llegar a ese año y ese día del 19 de junio, con un fusil en la mano y una bala en el fusil. Si parece que nada más para eso me hice hereje y después soldado y aprendí a tomar las armas y apretar el gatillo y volar a tiros las cabezas de los santos de las iglesias. Me pregunto ahora por qué la revelación no la tuve antes, por qué el Señor no me dijo cuando me fui con la Chinaza roja a robarle a los sanjoseses sus trapos de brocado y no sólo por obedecer las órdenes del general y para que él se diera el gusto de calentar las ancas de su caballo con gualdrapas sacrosantas y de adornar su zapatillas de terciopelo rojo con las perlas que yo mismo, con mis propias manos, arranqué de las tres potencias de ju Jesús Nazareno, sino también porque me gustaba hacerlo, porque nada me gustaba más que desvestir vírgenes y arrancarles a los sanmiguelarcángeles sus túnicas de seda.

“Año del sesenta y siete, cómo lo voy a olvidar, cómo voy nunca a olvidar la ciudad de Querétaro con sus casas y sus iglesias blancas que ví por primera vez desde la punta del cerro del Cimatarío cuando llegué con las tropas del general Escobedo para iniciar el

sitio. El fusil me quemaba las manos y sentía como cosquillas en el dedo índice de tantas ganas que tenía de dispararlo para matar como moscas a esos mochos traidores a la patria, como les decía yo, para matar al Usurpador, como lo llamaba yo entonces. Y lo disparé una vez más, la última, en el Cerro de las Campanas:

“Muy temprano en la mañana/ despertó el Emperador,/ y al padre de sus confianzas/ sus pecados confesó.

“Luego al salir del convento/ de todos se despidió,/ y dijo qué bien que muero en un día lleno de sol.

“Al Cerro de las Campanas/ el cortejo se marchó. Cuando llegó estaban listos/ dos hombres del pelotón.

“Al coche negro en que iba/la puerta se le atoró, / y él salió por la ventana/ por su propia decisión.

“Como Cristo en el Calvario/ parecía el Emperador./ Juárez fue el Poncio Pilatos/ y López lo traicionó”